

mali nihil habent in caelo, vos nihil in mundo. BEDA IN GLOS.

In horreo Domini non reponitur granum, donec flagellis aut tritulantium pedibus sit excussum. PETRUS CHRYS. IN QUAD EPIST.

Omnis cordis aut corporis afflictio, citra meritum et fructum salutis est, sine patientiae condimento. IDEM IBID.

Parva toleramus, si recordemur, quid biberit ad patibulum, qui nos invitat ad caelum. CASSIAN. SUP. PSALM.

Véase: AFLICCIONES y PENALIDADES.

ADVIENTO.

Gloria in excelsis Deo.

Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos.

(Luc. II, 14.)

El designio de la Iglesia en la institucion del Adviento ha sido, honrar al Verbo encarnado en el purísimo seno de la Virgen, y disponernos de este modo á la gloriosa natividad de este Hombre-Dios. No podemos, pues, ocuparnos mejor, durante todo este santo tiempo,

mundo prosperidades, sino penas: en cambio, si vosotros nada debéis esperar del mundo, los pecadores tampoco deben esperar el cielo.

No se deposita el buen grano en el granero del Señor, sino despues de haber sido sacudido y separado de la paja, pisoteado por los que se ocupan en la trilla.

Cualquier pena exterior ó interior sufrida sin paciencia, carece de mérito y de eficacia para la salvacion.

Es muy poco todo cuanto sufrimos, si consideramos cuanto padeció hasta morir en cruz el que nos convida para ir al cielo.

que en contemplar este grande misterio de la Encarnacion; y aunque el Hijo de Dios se halla en él tan profundamente humillado y como anonadado, debemos, no obstante, considerarle como un misterio de gloria para el mismo Dios, segun nos está declarado en este sagrado cántico, que cantaron los ángeles en el nacimiento de Jesucristo: *Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos.* Con efecto; vistiéndose de una naturaleza semejante á la nuestra y haciéndose hombre, vino el Verbo divino á la tierra; lo primero, para descubrir sensiblemente á los hombres la gloria de Dios; lo segundo, para combatir entre los hombres y destruir entre ellos todos los enemigos de la gloria de Dios; y lo tercero, para inflamar en el corazon de los hombres un celo ardiente por la gloria de Dios. Dedicuémonos á meditar y profundizar bien estas tres verdades, que nos darán abundantemente materia de reflexiones y afectos los mas propios para nuestra edificacion. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Que encarnado el Verbo eterno haya venido á descubrir á los hombres la gloria de Dios, es expresa doctrina del Evangelista san Juan: *El Verbo, dice, se hizo carne, permaneció y conversó con nosotros, y hemos visto su gloria.* JOANN. I, 14. ¿Qué consecuencia es esta? ¿No debia, á lo que parece, inferir de otro modo el evangelista santo, y decir, el Verbo se hizo carne, y bajo esta carne mortal de que se vistió, nos ocultó la gloria de su divinidad? Si dijera, el Verbo se hizo carne, y hemos sido testigos de sus voluntarias flaquezas, de sus abatimientos y anonadamientos, no tuviéramos dificultad en comprender el pensamiento de este querido discípulo, y nos parecería muy natural; pero que el Verbo se haya hecho carne, que haciéndose carne como nosotros, se haya sujetado á todas nuestras miserias, y que en esto, no obstante, haya hecho brillar su gloria, es cosa, que, al parecer, se contradice, y de lo que á primerá vista no vemos el enlace ni conformidad. Nada es, no obstante, mas arreglado que este razonamiento, dice S. Agustin; y solo basta un poco de atencion para ver toda su solidez y verdad. Porque, si la gloria de Dios debia revelarse á los hombres de un modo sensible, era justamente por los abatimientos del Verbo; y solo este Verbo abatido era quien podia hacernos conocer la excelencia de un Dios crucificado. De suerte, concluye S. Agustin, que si S. Juan no hubiera dicho, el Verbo se hizo carne, no hubiéramos podido decir, que habíamos visto su gloria. ¿Cuál es, pues, la gloria de Dios de que aquí se habla, y en qué consiste? La gloria de Dios, segun la debemos entender ahora, es decir: la gloria que está en Dios y que deseamos co-

nocer, no es otra cosa que las perfecciones de Dios; por consecuencia, descubrir á los hombres las perfecciones de Dios es descubrirles su gloria. ¿No es esto, pues, lo que nos manifiesta admirable y sensiblemente el Hijo de Dios en su adorable Encarnacion?

En primer lugar; ¿podia la misericordia de Dios manifestarse con mas esplendor que en este misterio? ¿Podia darnos otra idea que con ésta pudiera compararse? ¿Ha hecho jamas cosa alguna en el mundo que se le haya parecido ó acercado? ¡Oh prodigio, exclama Zenon de Verona! ¡Un Dios reducido á la pequeñez de un niño, y esto hecho por amor á su imágen, y por criaturas formadas de su mano! Reconozcamos, pues, la excelencia de nuestra religion en las excelentes ideas que nos da del Señor que adoramos y de su bondad sin medida. Todas las religiones paganas ¿han tenido jamas en la vanidad de sus fábulas cosa, que pueda imaginarse semejante? Nosotros tenemos dioses, decia uno de los sabios del paganismo; pero estos dioses se tendrían por mónstruos si vivieran entre nosotros, segun los viciosos y corrompidos que son. Y nosotros, dice S. Agustin, servimos á un Dios en quien todo es maravilloso; pero entre todas las maravillas que incluye en su sér divino, lo mas maravilloso é incomprendible que hay es su amor. Solo el misterio de la Encarnacion basta para confundir toda la idolatría y toda la supersticion pagana. Porque, segun la excelente observacion de san Gregorio Niceno, la verdadera religion consiste en tener ideas de Dios conformes á su naturaleza y grandeza; y este gran misterio nos hace concebir una tan sublime estimacion de la misericordia de Dios, que no es posible pueda tenerla mayor el humano espíritu.

Lo mismo sucede respecto de la sabiduría de Dios. Aunque la prudencia ciega del siglo juzgue de ello como quiera, se puede decir, y es cierto, que un Hombre-Dios es la obra principal y mas grande de una sabiduría toda divina; porque de este modo eligió Dios el medio mas conveniente de reparar su propia gloria y obrar la salvacion de los hombres. Este Dios de majestad habia sido ofendido; le era necesaria una satisfaccion, que fuese digna de él; y ningun otro que un Dios podia satisfacer dignamente á un Dios. El hombre se habia perdido; Dios queria salvarle, librándole de la muerte eterna; y como no habia sino un Dios, que por sus infinitos méritos pudiera libertarle de esta muerte, por consecuencia, solo un Dios era quien le podia salvar. Era necesario tambien, que este Salvador fuese á un mismo tiempo verdadero Dios y verdadero hombre. Pues si solamente hubiera sido Dios, no hubiera podido padecer; y si solo hubiera

sido hombre, sus abatimientos y trabajos no hubieran sido suficientes satisfacciones. Ademas de que, si solo hubiera sido Dios, hubiera sido invisible, y no hubiera podido darnos ejemplo; y si solo hubiera sido hombre, su ejemplo no hubiera sido para nosotros una regla del todo segura y libre de todo extravío. Pero siendo Dios y hombre, como hombre pudo abatirse, como Dios dió á sus abatimientos un valor inestimable y sin medida; como hombre se manifestó á nuestros ojos para servirnos de guia, y como Dios nos tomó como de la mano para hacernos emprender con confianza el camino que él recorrió, y por donde quiso llevarnos. Por este motivo, en estos dias de gracia y de salvacion, no debemos tener otro afecto mas comun, que exclamar con el Apóstol: *¡Oh riquezas y abismo de la sabiduría y juicios de Dios!* ROM. VI, 35.

2. Pero, ¿qué virtud y qué poder no se necesitaba tambien en Dios para el cumplimiento de esta grande obra? ¿Qué esfuerzo y qué milagro no es de la diestra del Altísimo un Dios hombre, concebido por una madre virgen; esto es, en la misma persona y en el mismo Jesucristo estar la divinidad junta con nuestra humanidad, la inmortalidad con nuestra flaqueza, la grandeza con nuestra bajeza, lo infinito con lo finito y perecedero, el ser con la nada, y en la misma madre estar tambien unida la maternidad con la virginidad! Esta es propiamente la obra de Dios. Todo lo que hasta entónces habia hecho en el universo no era para él, segun la expresion de la misma Escritura, sino un juego; pero aquí es donde se esplaya enteramente su poder; y en la flaqueza de un Dios niño es donde hace brillar toda su virtud y su fuerza.

3. Solo la justicia de Dios es la que, al parecer, está desconocida, y que no tiene parte alguna en este misterio de gracia. Pero nos engañamos si así lo pensamos; pues aun se puede añadir, que de todas las perfecciones divinas que resplandecen en la persona del Salvador, la justicia es cuyos efectos son en ella mas sensibles, y cuyos inviolables y soberanos derechos aparecen en ella con mas evidencia. Tanto, que S. Juan Crisóstomo no tuvo dificultad en avanzar esta proposicion, al parecer atrevida, pero que nada tiene que no sea sólido; dice, pues, que en el infierno, donde Dios ejerce sus mas rigurosos castigos, no da tanto á conocer su justicia como en el seno virginal de María donde encarnó el Verbo. La prueba es indisputable. Porque en el infierno solo son hombres réprobos los que están sujetos á esta divina justicia; pero en el seno de María es un Hombre-Dios el que empieza á venir á ser su víctima y hacerle sacrificar. ¿Qué es, pues, sino una justicia, para la cual es necesario

una hostia semejante y un tal obsequio? Por lo que el real Profeta, perfectamente ilustrado en la ciencia y discernimiento de los divinos atributos, despues de haber dicho, que *Dios manifestó á los hombres al autor de su salvacion*, añade, que *reveló su justicia á todas las naciones*. PSALM. XCII, 2.

4. Despues de una tal manifestacion de la gloria de Dios como se ha dicho, ¿no es extraño sea tan poco conocido en el mundo? Decidme: lo que se llama mundo, los secuaces y esclavos de él, los hombres y las mujeres llenos del espíritu del mundo, ¿conocen acaso á Dios? ¿No profesan ignorarle ó á lo ménos olvidarle? ¿No viven como si no hubiera Dios? Su gran principio, ¿no es borrarle, en cuánto les es posible, de su memoria, y jamas pensar en él? Esta es la queja que daba el discípulo S. Juan, explicando la generacion eterna y temporal del Hijo de Dios: *Dios estaba enmedio del mundo*, JOANN. I, 10, como señor y árbitro de él, y *el mundo no le conocia*. Y esta es tambien la queja que el mismo Jesucristo daba á su Padre: *Padre santo, el mundo no os conoce*. JOANN. XVII, 25. Por mas que le haya anunciado vuestras grandezas, permanece y permanecerá siempre en su ceguedad. ¡Ceguedad digna de llorarse, exclama Salviano! ¡Ceguedad que llega hasta poner á Dios en nuestra estimacion muy inferior á todo lo demas! se le pierde sin pensar, se mantienen apartados de él sin inquietud, prefieren á él la menor ventaja y el menor placer, y sobre nada se le da la preferencia. Su gracia y su odio nos son igualmente indiferentes. Y la razon es siempre la misma: esto es, porque el mundo jamas le ha conocido bien.

¿Luego el designio de Jesucristo se arruinó enteramente? Descendió entre nosotros, y quiso vivir en medio de nosotros para publicar en el mundo la gloria de su Padre; ¿pero en los siglos futuros vió frustrada su esperanza? No, sin duda, porque ademas de este mundo pervertido, que cierra los ojos á la luz que el Salvador de los hombres derrama sobre nosotros, hay otro mundo fiel y predestinado, esto es, el pequeño mundo de los justos y escogidos. Estos son los que Jesucristo se reservó, y se reserva todavia. Estos son á los que dió á conocer los misterios de Dios, y en particular el misterio de un Dios hecho hombre. Sí; á vosotros lo dió á conocer, dice S. Bernardo; á vosotros que sois humildes, que estais sumisos y obedientes, que sois modestos en vuestro estado, que no procurais elevaros sobre vosotros mismos por un orgullo presuntuoso, que velais sobre vuestra conducta y sobre todos vuestros pasos para arreglarlos; y á vosotros, en fin, que os dedicais á meditar las perfecciones de vuestro

Dios y á practicar su ley. ¡Quiera el cielo que seamos nosotros de este mundo cristiano!

5. Aun hizo mas Jesucristo; pues para establecer mejor entre los hombres la gloria de Dios, vino á destruir todos los enemigos que la combatian. Dios tenia tres grandes enemigos de su gloria, que eran el demonio, el pecado y los bienes de la tierra, ó mas bien, el desordenado amor de los bienes de la tierra. El demonio habia usurpado un imperio tan absoluto sobre las almas, que segun el testimonio del mismo Jesucristo, era tenido por el príncipe del mundo; y con efecto lo era, no por un poder legitimo, sino por una tirana posesion. El pecado, dice S. Pablo, reinaba desde el tiempo de Adan hasta Moisés, y desde Moises hasta Jesucristo, causando en todas partes tristes ruinas, desolando el reino de Dios, y suscitando contra él sus propias criaturas. En fin, el desordenado amor de los bienes de la tierra dominaba en casi todos los corazones, donde le habian colocado los hombres como su idolo, y al que sacrificaban su conciencia y su salvacion. Ved aquí, digo yo, los tres enemigos que el Hijo de Dios vino á combatir, y de los que consiguió tan singulares ventajas por la gloria de su Padre. Tan cierto es esto, que el demonio aun no esperó el dia en que debia nacer este Mesias para cederle su lugar. Si creemos en este asunto á los autores paganos, que no pueden ser sospechosos cuando dan testimonio á nuestra religion, poco tiempo antes del nacimiento de Jesucristo se vieron caer los idolos de los falsos dioses, donde el espíritu de la mentira se hacia adorar. Todos los oráculos callaron, excepto los que anunciaban la venida de este Dios hombre; y mas de una vez se vieron obligadas las potestades infernales á confesar, que su reino habia acabado; y que un Señor, superior á todos los señores, estaba próximo á venir para gobernar todo el mundo y sujetarle á la ley del verdadero Dios.

Todo esto, no obstante, eran solo presagios de lo que debia hacer Jesucristo para destruir el pecado, que era otro enemigo no ménos difícil de vencer, ni ménos opuesto á la gloria de Dios. Para entender bien este punto, es necesario suponer, primeramente, una indubitable verdad que nos enseña la fe; y es, que todo lo que pasó en la Encarnacion y en el nacimiento del Salvador, que la siguió, nada tuvo de fortuito respecto de él; todo fué á eleccion suya, sin que hubiese en ello una sola circunstancia que no hubiese previsto en particular, y que él mismo no hubiese determinado. Los demas niños, dice S. Bernardo, no escogen, ni el tiempo de su nacimiento, ni el lugar de su patria, ni las personas de quienes reciben la vida, porque no tienen razon para deliberar en ello, ni poder para mandarlo;

pero el Hijo de Dios tenia uno y otro; y como en lo sucesivo de los tiempos debia morir, porque queria y del modo que queria, por eso tambien encarnó y nació en el mundo porque lo quiso y del modo que quiso; de tal modo, que lo que los evangelistas nos han dicho, ya de su Encarnacion, ya de su Natividad, ya de la pobreza de Maria su madre, ya de la oscuridad de José reputado padre suyo, ya del rigor de la estacion en que nació, y ya de la total desnudez y general abandono en que se halló, son otros tantos medios de que intentó valerse para el fin que se habia propuesto.

6. En todo esto nos es fácil ver como todo se dirigió con efecto á la ruina del pecado. Porque el Salvador del mundo vino á trabajar en destruir la culpa; y segun lo que ya hemos advertido, vino á satisfacer por los pecados de los hombres, y á presentar á Dios el sacrificio de nuestra salvacion. ¿Qué le faltó, pues, desde entónces, para ser la víctima de este sacrificio, y una víctima perfecta? La víctima, dicen los teólogos, debe ser mudada y como transformada; ¿qué mudanza no es, pues, la de un Dios *bajo la forma de un hombre*? PHILIP. XII, 7. La víctima debe ser abatida; ¿y qué abatimiento no es el de un Dios reducido al estado de un niño, y aun, al estado de un esclavo? La víctima debe tambien ser despojada de todo; y ¿hubo acaso desamparo semejante al de un Dios, que no debia tener al nacer por habitacion sino un establo, y por cuna un pesebre? La víctima debe tambien morir; y es cierto que Jesucristo aun no ha parecido en el mundo; pero nacer como nacerá bien pronto, y como se preparó para ello por los trabajos y dolores, y expuesto á todas las injurias del aire, ¿no es una especie de muerte? Esto es, pues, el sacrificio empezado, aunque no esté acabado; y por consecuencia tiene razon san Bernardo para decir, que el pecado recibió en esto una profunda y mortal herida. Si este Dios Salvador no lo borra ya con su sangre, en lugar de sangre va á derramar lágrimas; y estas lágrimas, dice san Ambrosio, son saludables aguas que lavarán los delitos de mi vida: lágrimas tanto mas preciosas, cuanto serán mas gloriosas á Dios, y le vengarán del enemigo mas mortal é irreconciliable.

Es necesario convenir al fin, en que la destruccion del pecado no seria todavía completa, si el mismo Salvador no cortára su mas fecunda y contagiosa raíz, cual es el desordenado amor ó deseo de los bienes de la tierra. Viene, pues, á combatir á este poderoso enemigo de dos modos; uno, respecto de los escogidos, y otro, respecto de los réprobos; uno, respecto de los justos y verdaderos fieles, y otro, respecto de los impíos y mundanos. En los justos y almas fieles triunfará de este desordenado afecto á las riquezas del mundo, á los ho-

nores y placeres de él, arrancándoselos del corazon. Y en los mundanos é impíos le combatirá, á lo ménos condenándole, declarando contra él anatemas, y haciéndole ménos excusable y mas delincuente ante Dios. ¿Somos nosotros cristianos? Esto es, ¿somos nosotros de estas almas dóciles, y felizmente dispuestas á recibir las impresiones de la gracia de Jesucristo, y aprovecharnos de sus ejemplos? La vista de este Dios hombre debe infaliblemente hacer morir en nuestros corazones todo deseo desordenado de riquezas, y desprendernos de todo aquello que se llaman bienes temporales. Porque, ¿qué proporcion hay entre verle pobre, y vivir en la opulencia; verle abatido, y querer vivir con honores; y verle padecer, y estar mortificado, y querer disfrutar de todas las comodidades, y vivir deliciosamente? ¿Somos acaso de este mundo réprobo, avaro é interesado, de este mundo ambicioso y vano, de este mundo sensual y de disolucion, y de este mundo insensible á todas las instrucciones que viene á darnos este Dios niño? Si así es, ¿qué sentencias de condenacion no va á fulminar contra nosotros? Sea el fruto de este Adviento ponernos en estado de hacer, que nazca en nosotros con un nacimiento del todo espiritual y santo. Nos pondremos, pues, en esta feliz disposicion, conformándonos á él con el espíritu, con el corazon y con la conducta.

7. En fin: Jesucristo vino á inflamar en el corazon de los hombres un celo santo por la gloria de Dios; pero ¿cómo? Lo primero, por la grande estimacion que nos dió de esta gloria de Dios; y lo segundo, por el propio y esencial interés que nos hizo hallar en ella. Cuando nos dedicamos á considerar el misterio de la Encarnacion divina, y cuando viendo á Jesucristo en el estado que la fe nos lo propone, venimos á hacer estas reflexiones: que por reparar la gloria de Dios descendió un Dios del trono de su Majestad, y no creyó fuese un estado demasiado gravoso envilecerse de este modo y anonadarse: que no conoció medio mas propio que éste, ni otro precio que pudiese igualar al bien que iba á restablecer; que no obstante todo lo que le habia de costar, quiso mas bien sujetarse á los últimos extremos de la miseria humana, que dejar de volver á su Padre toda la gloria que se le habia quitado, sin menoscabar de ella el menor grado; por poco que discurramos y que comprendamos estos principios, ved las consecuencias que por sí mismas resultan, y estamos obligados á sacar. La primera, que la gloria de Dios es un bien superior á todos los bienes, pues fuera de Dios no hay otro bien á que no haya renunciado el Hijo de Dios por el restablecimiento de esta gloria. La segunda, que nada hay que no debamos sacrificar á la gloria de Dios, pues el mismo Hijo de Dios se sacrificó á ella. La ter-

cera, que procurar la gloria de Dios es lo mas grande y digno que hay de un hombre racional, y con mucha mas razon de un hombre cristiano, pues esta ha sido una obra digna tambien de un Hombre-Dios. La cuarta, por el contrario, que ofender la gloria de Dios es el mayor mal, porque es ofensa de Dios, y ofensa que no pudo ser expiada sino por los méritos de un Dios; esto es, por todos los dolores y desprecios que tuvo que padecer y á que se expuso. La última y legitima de todo lo dicho, que nada nos debe ser mas precioso, mas sagrado ni mas amable que la gloria de Dios; y que en nada podemos emplear mejor nuestro celo, que en extenderla y dilatarla en cuanto dependa de nosotros.

Otra consideracion debe tambien excitarnos á ello con mucha eficacia; y es, nuestro interés; y de todos nuestros intereses el mas importante, cual es nuestra salvacion, que está ligada á ella: porque la gloria de Dios y nuestra salvacion son aqui como inseparables. Con efecto; esta gloria de Dios en la Encarnacion del Verbo divino consiste en salvar los hombres, y obrar la grande obra de nuestra redencion; de tal modo, que en este misterio Dios glorificado y el hombre salvado son propiamente una misma cosa. ¿Cuánta parte, pues, debemos tomar en una gloria en que somos tan interesados? Hablando en general, cuanto mas contribuimos voluntariamente y con celo á la gloria de Dios, tanto mas adelantamos para con Dios, y tanto mas merecemos sus recompensas.

8. Pero ¿por qué medios podemos glorificar nosotros á Dios? Por los que el Salvador de los hombres vino á glorificarle. Jesucristo dió á conocer la gloria de Dios, haciendo conocer sus infinitas perfecciones; adoremos, pues, éstas, reconozcámoslas en la santa humanidad del Hijo de Dios, y tributémoslas en cada dia de este Adviento; y aun, si se puede, á cada hora, frecuentes y piadosos obsequios. Jesucristo vino tambien á restablecer la gloria de Dios, destruyendo el imperio del demonio; arrojemos, pues, de nuestro corazon este pernicioso enemigo, cuyas sugerencias hemos escuchado demasiado en muchas ocasiones; y para libertarnos enteramente de su tiranía, arrojemos con él otros muchos demonios domésticos que le han abierto la puerta, y han protegido sus perniciosos designios: estos demonios domésticos son vuestras pasiones é inclinaciones viciosas. Jesucristo vino á reparar la gloria de Dios por la destruccion y expiacion del pecado: lloremos nuestras culpas, borremoslas con nuestras lágrimas y penitencia, tomemos las precauciones necesarias para libertarnos de las caidas á que el mundo podria arrastrarnos, y conservemos á Dios para siempre nuestras almas puras y

sin mancha. Jesucristo vino á asegurar la gloria de Dios contra los nuevos insultos del pecado por la renuncia á los bienes de la tierra, cuyo desarreglado amor corrompia al mundo; renunciemos á estos falsos bienes, á lo ménos con el corazon, si conocemos que no estamos llamados á renunciarlos con efecto.

Estas son, oh adorable Salvador, las excelentes reglas que venís á enseñarnos y que debemos seguir; pero para practicarlas y seguirlas, necesitamos de una gracia poderosa. ¿La hay acaso mas poderosa que la misma que traeis con vos? Dádonos una nueva ley, nos dais tambien una nueva gracia, que es la gracia del Redentor. Con el auxilio de ésta ¿qué no conseguiremos para gloria de vuestro Padre y vuestra? Nosotros no dejaremos de pedirlosla con confianza, y vos no dejareis de derramarla sobre nosotros con abundancia. Ella nos alumbrará, nos guiará y nos sostendrá. Pero ¿qué será cuando á esta gracia interior añadireis la fuerza de vuestro ejemplo; y cuando saliendo del feliz seno donde estais escondido y oculto como en un santuario, os manifestareis al mundo y nos servireis de modelo? Apresuraos á manifestaros, que nosotros os esperamos y os deseamos: *Que se abra la tierra y produzca al Salvador.* ISAI. XLV, 8. Que venga á llenarnos de su espíritu, á animarnos con sus afectos, á manifestarnos sus caminos, y á conducirnos, en fin, á la celestial bienaventuranza; donde, despues de haber glorificado á Dios en la tierra, debemos ser nosotros llenos enteramente de gloria. Amen.